



Adam Hochschild
**Para acabar
con todas las guerras**

Una historia de lealtad y rebelión (1914-1918)

Índice

Portada

Dedicatoria

Agradecimientos

Introducción: Choque de sueños

Primera parte. Dramatis personae

1. Hermano y hermana
2. Un hombre sin ilusiones
3. La hija de un clérigo
4. Guerreros santos
5. El niño minero
6. En vísperas

Segunda parte. 1914

7. Una luz extraña
8. Como nadadores que se arrojan a aguas puras
9. El dios de la justicia observara la lucha

Tercera parte. 1915

10. Esto no es la guerra
11. En el meollo
12. No con esta marea

Cuarta parte. 1916

13. No nos arrepentimos de nada
14. Dios, Dios, ¿dónde está el resto de los muchachos?
15. Arrojar las armas

Quinta parte. 1917

16. Entre las fauces del león
17. Mi patria es el mundo
18. Ahogarse en tierra
19. No te mueras, por favor

Sexta parte. 1918

20. Acorralados
21. Ahora hay mas muertos que vivos

Septima parte. Exeunt omnes

22. La mano del propio diablo
23. Un cementerio imaginario

Créditos de las fotografías

Bibliografía

Galería fotográfica

Notas

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*Para Tom Engelhardt,
analista del imperio, emperador entre editores*

AGRADECIMIENTOS

Durante los seis años en los que trabajé en este libro, a veces casi llegué a sentir como si su tema me estuviera persiguiendo, incluso cuando creía que estaba lejos de él. En una ocasión estaba cruzando Sudáfrica con un amigo cuando llegamos después del anochecer a la casa de unos conocidos suyos que nos dieron alojamiento por una noche en un pequeño pueblo del interior; hasta que no nos marchábamos por la mañana no vi que vivían en la calle Milner. En Londres, después de un día de trabajo, no relacionado con el libro, fui a descansar al césped de Tavistock Square y cuando alcé la mirada vi ante mí un pequeño monumento dedicado a los objetores de conciencia. Y la semana en que acabé de revisar las galeradas, enterramos a la tía de mi esposa, una mujer de noventa y ocho años, en el pequeño pueblo de Maine en el que había vivido; hasta aquel día no supimos que su marido, fallecido hacía mucho tiempo, había sido gaseado en el frente occidental en 1918, nos lo contó un familiar suyo en el cementerio. «A ninguno de ellos le gustaba hablar de ello», nos dijo.

Sin embargo, mucha gente estuvo dispuesta a hablar, no sobre experiencias de la guerra sino de mis esfuerzos por plasmar aquella época sobre el papel. Una serie de amigos, que con el tiempo comenzó a parecer tan grande como uno de los ejércitos más pequeños de la Primera Guerra Mundial, me prestó una ayuda esencial. Para empezar, merecen una reverencia todos los que leyeron el manuscrito y me dieron su opinión: Harriet Barlow, Vincent Carretta, Vivian Dent, Elizabeth Farnsworth, Mary Felstiner, Peter Goldmark, Hermann Hatzfeldt, Tracy Kidder, Jeffrey Klein, Mark Kramer, Elinor Langer, Meghan Laslocky, Mike

Meyer, Michael Rice, Rebecca Solnit, Francis Wilson y Monty Worth. Algunos de ellos merecen una medalla al valor extraordinaria por leer un borrador que era aproximadamente un 60 por 100 más largo que el libro actual, lo cual supone una guerra contra los lectores que debería estar prohibida por las Convenciones de Ginebra.

Estoy en deuda con otras personas que leyeron el manuscrito: cuatro historiadores de la guerra que ayudaron generosamente a este recién llegado a un terreno que ellos conocen bien. Al primero de ellos lo conocí en la sección de información del Archivo Nacional Británico cuando me oyó hacer una pregunta, y pronto quedó claro que sabía mucho más que el hombre que estaba al otro lado del mostrador. Resultó ser Julian Putkowski, y después me enviaría al otro lado del Atlántico un torrente de referencias útiles. Atento hasta el final, me señaló amablemente que los lanceros que aparecen en la portada de la edición estadounidense de este libro no son británicos, sino franceses. Las cuidadosas lecturas de este libro que hicieron él, Cyril Pearce en Inglaterra, Peter Stansky en Estados Unidos y Jo Vellacott en Canadá, cada uno de los cuales ha estudiado el periodo durante mucho más tiempo que yo, evitaron que cometiera muchos errores. No son responsables de cualesquiera de las equivocaciones que, a pesar de ellos, se hayan colado después, ni de mi punto de vista.

Como siempre, mi esposa, Arlie, fue mi compañera de armas más querida, tanto en este libro como en la vida misma. Estuvo a mi lado en todos los altibajos, llegó a conocer a los personajes como si fueran miembros de nuestra familia, criticó amablemente aquel interminable primer borrador y recorrió conmigo las trincheras, los museos y un túnel subterráneo cuando visitamos los campos de batalla en Francia, todo ello mientras escribía ella misma un libro sabio e incisivo.

Los grandes editores son menos comunes que los grandes escritores y Tom Engelhardt, que hasta ahora ha trabajado en cuatro de mis libros, es el mejor de todos ellos. Tiene la misteriosa capacidad de meterse en la cabeza del escritor y ver lo que estás tratando de hacer mejor que tú y de saber exactamente qué teclas ha de pulsar para hacer sonar la música que estás imaginando. Lo más asombroso para mí es que consigue hacer eso mientras dirige y escribe gran parte de los contenidos de una extraordinaria página web personal que mantiene una estrecha vigilancia de los sueños imperiales y errores de nuestra propia época: www.tomdispatch.com.

Bruce Nichols y Andrea Schulz, de Houghton Mifflin Harcourt, leyeron el manuscrito e hicieron útiles comentarios, como hizo mi editora de tantos años en Pan Macmillan en Londres, Georgina Morley, y mi agente literario Georges Borchardt. También estoy agradecido a Larry Cooper, de Houghton Mifflin Harcourt, por detectar literalmente cientos de palabras superfluas, torpes repeticiones y otros dislates lingüísticos durante la cuidadosa corrección del manuscrito que llevó a cabo. Este es el tercer libro en el que trabajamos juntos, espero que haya muchos más. Melanie Haselden realizó un magnífico trabajo detectivesco en los archivos fotográficos británicos, buscando los retratos de los personajes que aparecen en el libro y unas fotos sorprendentes de una guerra que demasiado a menudo se nos ha presentado en algunas imágenes de archivo que ya nos son familiares.

Otros ayudaron de muchas maneras, entre ellos Julian Hendy, que compartió conmigo las copias de las cartas y otros materiales que poseía de la familia Wheeldon; Carl Williams, que me envió su tesis doctoral; Nicholas Hiley, que me sugirió algunas fuentes útiles y me proporcionó atentamente algunas ilustraciones, y Guy Hartcup y Mark Goodman, que respondieron a algunas de mis preguntas. También estoy agradecido a la Lannan Foundation, que me

concedió una inesperada y extraordinariamente generosa beca justo cuando estaba empezando a trabajar en el libro. Hace años, cuando tuve la oportunidad de leer un magnífico guion de Brian Maddocks y Tom Hickey (un proyecto que aún necesita un productor audaz), conocí la historia de Alfred Rochester. Don Coleman, el nieto de Rochester, me envió más información y una fotografía.

Aunque las notas al final del texto pondrán de manifiesto con qué autores tengo una deuda mayor, quiero mencionar aquí a algunos en particular. Barbara Tuchman ha sido desde hace mucho tiempo un modelo de escritora para mí, fue un placer trabajar sobre un periodo en el que podía recurrir bastante a dos de sus espléndidos libros, a pesar de que los historiadores actuales tiendan a adoptar una perspectiva ligeramente diferente a la suya sobre el comienzo de la guerra. La magistral historia de la experiencia de Gran Bretaña en la guerra de Trevor Wilson fue una compañía constante. *Imperial Marriage*, de Hugh y Mirabel Cecil, es una obra elegante y conmovedora a la que debo mucho, espero que sus autores me disculpen por tener una visión más crítica de las ideas políticas de sus personajes que la que ellos puedan tener. Y, finalmente, como cualquiera que escriba sobre la historia reciente de Gran Bretaña, me siento agradecido de poder contar con la nueva edición, revisada a fondo, de una de las grandes obras de referencia en lengua inglesa: el *Oxford Dictionary of National Biography*.

Muchas bibliotecas y archivos me enviaron fotocopias que les había solicitado, a veces sin cobrarme, incluyendo la Biblioteca Nacional de Escocia, la Biblioteca Bodleiana de Oxford, la Universidad de Warwick, el Museo Imperial de Guerra, la Universidad de Dalhousie y la Peace Collection del Swarthmore College. Agradezco al reverendo Gabriel O'Prey y al archivo de documentos administrativos de Irlanda del Norte que me concedieran permiso para citar los documentos de Charlotte Despard guardados allí. Du-

rante la investigación para este libro visité algunas de esas instituciones, y muchas más, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, pero quiero dedicar una palabra especial de gratitud a las bibliotecas en las que estuve más tiempo, la de la Universidad de California en Berkeley y la del Bates College en los meses de verano. Y nunca dejaron de maravillarme, ni siquiera después de varias visitas, los Archivos Nacionales, en Kew, y su maravillosa cinta transportadora suspendida que, de una forma mágica y en cuestión de minutos, te entrega prácticamente cualquier documento imaginable, de un milenio de historia británica y 187 kilómetros de estanterías. Eso es suficiente para hacer que uno tenga la ilusión de que podemos llegar a entender realmente el pasado.

INTRODUCCIÓN

CHOQUE DE SUEÑOS

Sopla un aire fresco de principios de otoño mientras la última hora de la tarde, teñida de oro, se cierne sobre el paisaje ondulado del norte de Francia. Allí donde la tierra desciende entre suaves pendientes, ya ha oscurecido. Salpican los campos las balas empacadas a máquina, tan altas como una persona, de la última cosecha de heno del año. Enormes tractores arrastran remolques del tamaño de vagones cargados de patatas o maíz troceados para alimentar al ganado. En lo alto de una colina baja, una arboleda oculta las pruebas de otra clase de cosecha recogida en este lugar hace casi un siglo. Cada lápida del pequeño cementerio tiene un nombre, un rango y un número; 162 poseen cruces y una de ellas, una estrella de David. También está grabada en la piedra la edad de quienes se conocía: 19, 22, 23, 26, 34, 21, 20. En diez tumbas simplemente se lee: «Un soldado de la Gran Guerra, solo conocido por Dios». Casi todos los muertos pertenecían al regimiento Devonshire de Gran Bretaña y la fecha grabada en sus lápidas, el 1 de julio de 1916, es la del primer día de la batalla del Somme. La mayoría fueron víctimas de una única ametralladora alemana emplazada a varios centenares de metros de este lugar y fueron enterrados en un sector del frente de trincheras del que habían salido aquella mañana. El capitán Duncan Martin, de treinta años, comandante de una compañía y artista en la vida civil, había hecho una maqueta de arcilla del campo de batalla por el que planeaban atacar los británicos y predijo a sus compañeros oficiales el lugar exacto en el que él y sus hombres serían abatidos por la cercana ame-

tralladora alemana cuando salieran a una ladera expuesta. Él también está enterrado aquí: es uno de los aproximadamente veintíun mil soldados británicos que murieron o resultaron mortalmente heridos el día en el que se produjo el mayor derramamiento de sangre de la historia anterior o posterior del ejército de su país.

En una placa de piedra cerca de las tumbas se leen las palabras que los supervivientes de aquel regimiento grabaron en un letrero de madera cuando enterraron a sus muertos:

LOS DEVONSHIRE OCUPARON ESTA TRINCHERA
LOS DEVONSHIRE LA SIGUEN OCUPANDO

Casi todos los comentarios anotados en el libro de visitas del cementerio son ingleses: de Bournemouth, Londres, Hampshire, Devon. «Presentamos nuestros respetos a tres de nuestros ciudadanos». «Descansad, muchachos». «Olvídemos». «Gracias, chavales». «Gracias, tío abuelo, descansa en paz». ¿Por qué se forma un nudo en mi garganta al ver palabras como *dormir*, *descansar* o *sacrificio* cuando la razón de que esté aquí es la idea de que esa guerra fue una insensatez y una locura innecesarias? Solo un visitante emplea un tono muy diferente: «Nunca más». En varias páginas, la tinta con la que fueron escritos los nombres y los comentarios se ha corrido a causa de las gotas de lluvia, ¿o fueron lágrimas?

Los cadáveres de los soldados del Imperio británico reposan en 400 cementerios solo en la región del campo de batalla del Somme, un terreno accidentado en forma de media luna de menos de 32 kilómetros de longitud, aunque las tumbas no son las únicas marcas que la guerra ha dejado en la tierra. Aquí y allá ha perdurado una parcela de terreno surcada por miles de cráteres de proyectiles; decenios de erosión han atenuado las cicatrices, pero lo que antes era un campo llano parece ahora una sucesión de dunas escarpadas cubiertas de hierba. En los campos que han

vuelto a allanar, como los que rodean el cementerio de los Devonshire, algunos tractores llevan un blindaje debajo del asiento del conductor, ya que las cosechadoras no pueden distinguir entre patatas, remolachas y proyectiles sin explotar. Más de 700 millones de proyectiles de artillería y mortero fueron disparados en el frente occidental entre 1914 y 1918, y se calcula que un 15 por 100 no llegó a explotar. Estos proyectiles matan todos los años a alguna persona (a 36 solo en 1991, por ejemplo, cuando Francia excavaba el terreno para tender una nueva línea ferroviaria de alta velocidad). Por todas partes en la región hay zonas de bosque o matorrales sin despejar rodeadas de señales de peligro amarillas que advierten a los excursionistas, en francés e inglés, de que deben alejarse. El Gobierno francés emplea equipos de *démineurs*, especialistas itinerantes en la desactivación de bombas, que responden a las llamadas cuando los lugareños descubren proyectiles, y cada año recogen y destruyen 900 toneladas de munición sin explotar. Más de 630 *démineurs* franceses han muerto en el cumplimiento de su deber desde 1946. La propia Primera Guerra Mundial, al igual que aquellos proyectiles, ha perdurado en nuestras vidas, por debajo de la superficie, porque vivimos en un mundo que está en gran medida conformado por ella y por la guerra industrializada y total que inauguró.

Aunque nací mucho después de que hubiera terminado, la guerra siempre estuvo presente en nuestra familia. Mi madre me hablaba del desenfrenado entusiasmo de las multitudes en los desfiles militares cuando, ¡por fin!, Estados Unidos se unió a los Aliados. Un querido primo carnal suyo partió al son de aquellos vítores para acabar muriendo en las últimas semanas de la contienda; ella nunca olvidaría la conmoción y la decepción. Y a nadie de mi familia paterna le parecía absurdo que dos de sus parientes hubieran luchado en bandos contrarios en la Primera Guerra Mundial, uno en el ejército francés y otro en el alemán. Si tu país te llamaba, ibas.

La hermana de mi padre se casó con un hombre que combatió a favor de Rusia en la guerra y debíamos su presencia en nuestras vidas a acontecimientos desencadenados por la misma: la Revolución rusa y la enconada guerra civil que le sucedería.¹ Tras estas, al estar en el bando perdedor, se marchó a Estados Unidos. Compartimos una casa de verano con esa tía y ese tío, y amigos suyos que también eran veteranos de 1914-1918 eran asiduos visitantes. Recuerdo vívidamente estar, siendo un niño, al lado de uno de ellos, todos vestidos con bañadores y a punto de ir a nadar, y después mirar hacia abajo y ver el pie del hombre: la bala de una ametralladora alemana le había cercenado todos los dedos en algún lugar del frente oriental.

La guerra también perduraba en los relatos de aventuras ilustrados que mis primos británicos me enviaban por Navidad. El joven Tim, Tom o Trevor, pese a ser un simple adolescente al que el coronel había declarado demasiado joven para combatir, esquivaría con valentía la lluvia de metralla para trasladar a aquel mismo coronel herido hasta un lugar seguro después de que el regimiento, tocando la gaita, se hubiera «lanzado al ataque» en la tierra de nadie. En episodios posteriores, siempre conseguía hallar la manera (como espía o aviador, o gracias a la simple audacia) de sortear el estancamiento de la guerra de trincheras.

Cuando crecí y aprendí más historia, descubrí que ese estancamiento ejercía su propia fascinación. Durante más de tres años los ejércitos del frente occidental estuvieron prácticamente paralizados en el mismo lugar, enterrados en trincheras con refugios situados a veces a 12 metros bajo tierra, de las que salían periódicamente para librar terribles batallas en las que ganaban, en el mejor de los casos, unos pocos kilómetros de un yermo embarrado y repleto de cráteres de los proyectiles. La capacidad destructora de aquellas batallas sigue pareciendo increíble. Además de los muertos, en el primer día de la ofensiva del Somme resultaron heridos 36.000 soldados británicos. La magnitud de la

matanza durante todo el periodo que duró la guerra no tenía precedentes en la historia de Europa: por ejemplo, más del 35 por 100 de todos los hombres alemanes con edades comprendidas entre los diecinueve y los veintidós años cuando se iniciaron los combates murió en los cuatro años y medio siguientes y muchos de los supervivientes resultaron gravemente heridos.² En el caso de Francia, la cifra de víctimas fue, proporcionalmente, aún mayor: la mitad de todos los franceses con edades comprendidas entre los veinte y los treinta y dos años cuando estalló la guerra habían muerto cuando terminó. «La Gran Guerra de 1914-1918 perdura como una franja de tierra quemada que separa aquella época de nosotros», escribió la historiadora Barbara Tuchman.³ Los canteros británicos desplazados a Bélgica aún seguían trabajando grabando los nombres de los desaparecidos de su nación en monumentos conmemorativos cuando los alemanes la invadieron en la siguiente guerra, más de veinte años después. Las ciudades y los pueblos por los que pasaron los ejércitos quedaron reducidos a montones de escombros, y los bosques y granjas, a ruinas carbonizadas. «Esto no es una guerra. Esto es el fin del mundo», escribió a su país desde Europa un soldado de las tropas indias de Gran Bretaña que había resultado herido.⁴

Estamos acostumbrados a que, en los conflictos actuales, tanto si las víctimas son los niños soldados de África como si lo son los estadounidenses provincianos de clase obrera en Irak o Afganistán, los pobres constituyan un porcentaje desproporcionado de los muertos. En cambio, entre 1914 y 1918, la guerra fue sorprendentemente letal para las clases dirigentes de todos los países que participaron. Había muchas más probabilidades de que murieran los oficiales de ambos bandos que de que perecieran los hombres que los seguían saltando los parapetos de las trincheras para avanzar hacia el fuego de las ametralladoras, y ellos mismos solían pertenecer a las capas más altas de la sociedad. Por ejemplo, aproximadamente el 12 por 100 de

todos los soldados británicos que combatieron en la guerra murieron, pero en el caso de los nobles o hijos de nobles uniformados la cifra ascendió al 19 por 100. El 31 por 100 de todos los hombres que se licenciaron en Oxford en 1913 perdió la vida en la contienda. El canciller alemán, Theobald von Bethmann-Hollweg, perdió a su primogénito, al igual que el primer ministro británico Herbert Asquith. Un futuro primer ministro británico, Andrew Bonar Law, perdió dos hijos, y también el vizconde de Rothermere, un magnate de la prensa y ministro del Aire durante la guerra. El general Erich Ludendorff, el principal comandante alemán de la guerra, perdió a dos hijastros y él mismo tuvo que identificar el cadáver en descomposición de uno de ellos, exhumado de una fosa en el campo de batalla. Herbert Lawrence, jefe del Estado Mayor británico en el frente occidental, perdió dos hijos; su homólogo en el ejército francés, Noël de Castelnaud, tres. Al nieto de uno de los hombres más ricos de Inglaterra, el duque de Westminster, le alcanzó un disparo mortal en la cabeza tres días después de escribir a su madre: «Envíame calcetines y bombones, que son las dos cosas totalmente indispensables que hay en la vida».⁵

Por lo tanto, parte de lo que nos atrae de esta guerra es la forma en que destruyó para siempre la Europa segura de sí misma y luminosa de húsares y dragones con cascos con plumas y de emperadores que saludaban desde carruajes descubiertos tirados por caballos. Como lo expresó el poeta y soldado Edmund Blunden al describir aquel mortífero primer día de la batalla del Somme, ningún bando «había ganado ni podía ganar la guerra. La guerra había ganado».⁶ Dos imperios, el austrohúngaro y el otomano, desaparecieron por completo bajo la presión de la interminable matanza, el káiser alemán perdió su trono y el zar de Rusia y toda su fotogénica familia, con su hijo ataviado de marinero y sus hijas con vestidos blancos, perdieron la vida. Incluso los vencedores fueron perdedores: en Gran Bretaña y Francia juntas hubo más de dos millones de muertos y